

pital de la república; y escogió para este mensaje á dos de los principales gefes cogidos prisioneros en la última batalla.

Entre tanto, temeroso de dejar á sus tropas en semejante estado de inaccion, que el enemigo interpretaria tal vez como resultado de miedo ó de debilidad, se puso á la cabeza de la caballería y de todas las tropas ligeras que estaban mas aptas para el servicio, y emprendió una escursion á las cercanías del campamento. El país era montañoso, como formado por un ramal de la sierra de Tlaxcalan; los hermosos valles y setos estaban cubiertos de plantíos de maiz y de maguey, y las alturas coronadas de ciudades y pueblos, algunos de ellos con tres mil habitantes.¹ En algunas partes sufrió fuertes resistencias, que vengó sobradamente, arrasándolo todo á hierro y fuego. Despues de su provechosa expedicion, regresó al real, trayendo provision abundante de víveres y muchos centenares de indios cautivos. Luego que llegaron al campamento hizo que se les tratase afablemente, para darles á entender que los actos de violencia que habian tenido que co-

¹ Relac. Seg. de Cortés, en Lorenzana. pág. 52.

Oviedo que hizo gran uso de los manuscritos de Cortés, dice que 39. (Hist. de las Inds., MS., lib. 33, cap. 3.) Esta contradiccion tal vez se podia explicar atendiendo á que el signo con que los españoles señalan un millar es muy parecido á un número 9. Pero Már-tir, quien tambien compulsó los manuscritos del Conquistador, confirma el número referido en el testo; bien que juzgando á priori, sea el menos probable.

CAPITULO XI.

Victoria decisiva. — Senado indio. — Ataque nocturno. — Negociaciones con el enemigo. — Héroe tlaxcalteca.

(1519.)

A los españoles se les habia dejado descansar quietamente durante el dia siguiente, y recobrar las fuerzas perdidas en la fatiga y refriega de la vispera: en todo, no les faltó ocupacion, pues se emplearon en componer y limpiar sus armas, y en llenar de flechas los carcaxes de los indios; preparándose á nuevas peleas, por si la severa leccion que habian dado la vispera á los enemigos, no bastaba á desalentarles. Al segundo dia, viendo Cortés que no volvan los primeros embajadores, resolvió mandar otros nuevos, proponiendo un armisticio y pidiendo que se le permitiese pasar en calidad de amigo á la ca-

meter los españoles, no eran hijos de su voluntad, sino de la hostil acogida que les habian hecho los otros indios. De esta suerte esperaba poder infundirles ideas de su poder por una parte, y por la otra de sus amigables intenciones, siempre que ellos tambien le fuesen amigos.

Al llegar á sus reales encontró Cortés á los dos enviados, que ya estaban de vuelta del campamento tlaxcalteca: habian encontrado á Xiconteçatl á cosa de dos leguas de distancia, donde estaba acampado con su poderoso ejército: les dió audiencia á la cabeza de él, mandando á los españoles la siguiente respuesta: "Que podian pasar luego que les pareciese á Tlaxcalan, donde sus cuerpos serian despedazados para ofrecer su carne á los dioses; y que si preferian mejor quedarse en sus cuarteles, al dia siguiente veriamos su respuesta."¹ Los embajadores añadieron que el cacique traia un grande ejército, compuesto de cinco escuadrones de diez mil hombres cada uno: era la flor de los guerreros otomies y tlaxcaltecas, puestos sobre las armas por orden del senado, que habia resuelto arriesgar en una batalla decisiva toda la suerte de la república, y exterminar de un solo golpe á los invasores de su territorio.²

¹ «Que fuésemos á su pueblo adonde está su padre, que allá harian las paces con hartarse de nuestras carnes, y honrar sus dioses con nuestros corazones y sangre, é que para otro dia de mañana veriamos su respuesta.» Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 64.

² Mas de un escritor español cuenta que el general tlaxcalteca

Aquel atrevido reto, sonó desagradablemente á los oídos de los españoles, que no se esperaban encontrar tan pertinaz resistencia. Pruebas tenian del valor é ímpetu de los enemigos, que hoy estaban en condiciones mucho mas ventajosas, pues habia multiplicado el número de los combatientes. El horroroso destino que se aguardaba á los vencidos daba á aquella guerra un aspecto tétrico y tremendo. "Temiamos la muerte," dice el valeroso Bernal Diaz, con su genial franqueza, "porque al fin éramos hombres." Casi no hubo uno en el ejército que no se confesase aquella noche con el Padre Olmedo, quien la pasó enteramente ocupado en administrar la absolucion y las demas ceremonias solemnes de la Iglesia. Así armados con los santos sacramentos, quedaron los soldados esperando tranquilamente la suerte que les hubiese de tocar peleando bajo la insignia de la Cruz.¹

Como la batalla era inevitable, Cortés resolvió ponerse en marcha y atacar al enemigo en su cam-

envió á los hambrientos españoles abundante provision de víveres; seria tal vez para que estuviesen con fuerzas para pelear. (Gomara, Crónica, cap. 46. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 83.) No me parece muy probable esta generosidad ultra caballerosa del bárbaro; y juzgo mas creible, atendida la noticia que dá Cortés de lo productiva que le fué su escursion, que esta seria la que abasteciese de las cosas necesarias.

¹ Relacion segunda de Cortés en Lorenzana, pág. 52. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 83. Gomara, Crónica, caps. 46, 47. Oviedo, Hist. General de las Ind., MS., lib. 33, cap. 3. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 64.

pamento: esto era dar una prueba de confianza, y servía al doble propósito de intimidar á los tlaxcaltecas y de alentar á los suyos, que acaso podían entibiarse un poco si permanecían inactivos en sus trincheras aguardando el asalto de los enemigos. El sol amaneció radiante al día siguiente, que fué 5 de Setiembre de 1519, día memorable en la historia de las conquistas españolas. El general revisó á sus tropas y les dirigió antes de marchar, algunas palabras para alentarles y advertirles de varias cosas: á la infantería le previno que usase mas bien de la punta que del filo de la espada, y que procurase herir á los enemigos en el cuerpo: los caballos debían marchar á paso regularmente violento, y apuntar sus lanzadas á los ojos de los indios: los arcabuceros, ballesteros y la artillería, debían auxiliarse recíprocamente, cargando unos sus armas mientras otros las descargaban, de manera que dirigiesen sobre el enemigo un fuego no interrumpido; y finalmente, todos debían conservar sus filas unidas y sin dejar claros, pues de allí dependía toda su salvación.

No habían andado ni un cuarto de legua, cuando avistaron al ejército enemigo. Sus gruesas filas se estendían y dilataban á lo largo de un prado ó llanura de cosa de seis millas cuadradas: las apariencias no desmentían los informes recibidos acerca de su gran número.¹ Nada mas pintoresco que el as-

¹ Al través de sus lentes de aumento, contó Cortés hasta 150,000 (loco citado); número que han adoptado los escritores subsecuentes.

pecto de estos ejércitos de indios. El cuerpo de los soldados rasos está vistosamente pintados: los estrafalantos yelmos de los gefes, están cubiertos de oro y piedras preciosas que relucen, lo mismo que las armaduras de rico y variado plumage.¹ Innumerables lanzas y dardos de *itzilli* ó de cobre bruto, centellean á la luz del sol naciente, á manera de esas luces fosfóricas que cintilan en un mar agitado; mientras que la retaguardia de las huestes enemigas está oscurecida por la sombra de las banderas en que es-

1

«Nuestras tiernas y mórbidas doncellas

No se ostentan mas bellas y galanas,

Cuando de Mayo las tempranas rosas

A recoger, festivas se levantan,

Como el duro guerrero tlaxcalteca

Cuando al fiero combate se prepara.

A los rayos del sol, cual de oro tersas

La cimera relucen y la adarga:

Rico penacho de ondeantes plumas

Rodean el casco, y la vistosa malla

De variado plumaje, el pecho cubre.

Ni de la siempreviva la escarlata,

Ni del lozano Abril el verde césped,

Ni las piedras preciosas, ni las alas

De rica y matizada mariposa,

Ni el pétalo suave de temprana

Y fresca rosa, á competir se atreven

Con los matices y ostentosas galas

De la rica y espléndida armadura.

Entre confusa y bélica algazara,

Y al ronco son de rudos instrumentos,

El guerrero se arroja á la batalla;

Mientras nosotros, la rodilla en tierra,

Elevamos al cielo una plegaria.»

Madoc, parte 1^a, canto 7.

tán blasonadas las armas de los grandes guerreros otomíes y tlaxcaltecas:¹ entre todas ellas se distinguía un estandarte blanco que tenía por divisa una garza sobre una roca, y era el de la casa de Xicotencatl; descollando magestuoso aun sobre éste, el de la águila dorada y con las alas abiertas, ricamente adornado de plata y esmeraldas, semejante al *signum* romano, y que era el grande estandarte de la república de Tlaxcalan.²

Los soldados rasos no usaban vestido alguno, excepto una correa en la cintura; pero el resto del cuerpo estaba pintado con los colores propios del capitán á cuya compañía pertenecían: las mallas de pluma de los principales gefes también eran de determinado color, que designaba esto mismo; del mismo modo que cada tartan indicaba la tribu peculiar de cada montañes.³ Los caciques y guerreros prin-

¹ Los estandartes de los mexicanos iban á la vanguardia, los de los tlaxcaltecas á retaguardia del ejército. (Clavijero, Stor. del Mess. tomo II, pág. 145.) Según dice el Conquistador anónimo, el asta bandera estaba de tal modo atada al cuerpo del abanderado, que era imposible que pudiera abandonarla ó quitársela. Rel d'un gentil'huomo, op. Ramus., t. III, fól. 304.

² Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS. Herrera, Hist. general de las Ind., dec. 2, lib. 6, cap. 6. Gomara, cap. 46. Bernal Diaz, cap. 64. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 45.

Los dos escritores citados dicen que un pájaro blanco, á manera de avestruz, era la de la república. Evidentemente la han confundido con la del general. Camargo, que trae los escudos de armas de las cuatro familias de Tlaxcalan, dice que la bandera con una garza blanca era la de Xicotencatl.

³ Las noticias del historiador tlaxcalteca las confirman el Con-

cupales vestían una túnica de algodón de dos pulgadas de grueso, y que les cubría no solo el cuerpo, sino también parte de los muslos y de los hombros: sobre esta túnica usaban los guerreros ricos, láminas delgadas de oro y plata: las piernas estaban defendidas por botas ó sandalias de cuero, bordadas de oro; pero la pieza mas rica del vestido era una capa de plumage curiosamente bordada, y algo parecida al surtú que usaban sobre la armadura los caballeros europeos de la edad media: completaba este gracioso vestido un casco de madera ó de cuero que representaba de ordinario la cabeza de algun animal feróz, y que por lo comun dejaba ver una larga fila de dientes: este casco defendía la cabeza del guerrero, y le daba un aspecto grotesco y horroroso.¹ De la cimera pendía un penacho de esplendentes plumas, que indicaba con su forma y color el rango y familia del que lo llevaba. Para completar sus armas defensivas llevaban escudos, algunas veces de madera forrada de cuero, y las mas de un armaron de cañas cubierta de una colcha de algodón, lo cual se prefiere á lo otro por ser mas portátil y

quistador anónimo y Bernal Diaz, ambos testigos de vista; no obstante que este último confiesa sinceramente, que á no haber visto por sus propios ojos que había caballeros y divisas entre aquellos bárbaros, jamás lo habría creído. Hist. de la Conq., cap. 64 et alibi. Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS., Relac. d'un gent. en Ramus., vol. III, fól. 305.

¹ «Portano in testa per difesa una cosa como teste di serpenti, ó di tigrí, ó di lioni ó di lupi che a les maschelle, et é la testa del

menos expuesto á quebrarse. Tambien usaban otros escudos en que el algodón estaba cubierto de una sustancia elástica que permitia doblarlos como un abanico ó quitasol. Todos estos escudos estaban adornados segun el gusto de su dueño y sus proporciones, y estaban guarnecidos con un bello penacho de plumas.

Sus armas consistian en hondas, flechas, arcos, javelinas y dardos. Eran archeros acabados, capaces de disparar dos ó tres flechas á un tiempo; pero principalmente sobresalian en el mánejo de la javelina, y mayormente de una especie de esta, que tenian un cordón que servian para llamar la arma despues de haberla arrojado y que era la mas temida para los españoles. Todas estas armas remataban en una punta de hueso ó de *itztli* (obsidiana), la durísima y vidriosa sustancia de que ya hemos hablado, y que era capaz de adquirir el filo de una navaja, aunque se embotaban fácilmente. Sus lanzas y saetas remataban á veces en una punta de cobre: en vez de espadas usaban de una masa que movian á dos manos, la cual tenia atravesada de distancia en distancia, cortantes navajas de *itztli*: era de tres piés y medio del largo, y tan formidable que, segun

huomo messa nella testa di questo, como se lo volese devorare: sono di legno et sopra vi é la penna et di piastra d'oro et di piastre preziose copte, che é cosa maravigliosa da vedere.» Conquistador anónimo, ubi supra.

nos asegura un testigo de vista, de un solo golpe mataba á un caballo.¹

Tales eran los arneses de los guerreros tlaxcaltecas, y aun generalmente hablando, de todas las naciones que ocupaban las mesas centrales de Anáhuac: algunos de ellos, con los escudos y las mallas de algodón, eran tan exelentes, que los españoles los adoptaron luego, pues al mismo tiempo que ofrecian mucha defensa, eran menos pesados y mas manejables que los suyos. Eran suficientemente fuertes para rechazar una flecha ó el golpe de una javelina, bien que incapaces de resistir á las armas de fuego; pero tambien, ¿qué arma no lo es? No obstante esto, no seria una exageracion decir que en utilidad, fuerza y gracia, no les aventajaban las de las naciones mas cultas de la antigüedad.²

Tan luego como se avistaron los españoles, comenzaron á desafiarlos sus enemigos, haciendo gran estrépito con sus instrumentos músicos, que consistian en atavales, trompetas y caracoles, y con los

1 «Yo vidi che combattendosi un dí, diede un indiano una cortellata a un cavallo sopra il qual era un caballero con chi combatteva, nell petto, che glielo aperse fin alle interiora, et cadde incontanenti morto, et il medesimo giorno viddi che un altro indiano diede un'altra cortellata á un altro cavallo su il collo che se lo gettó morto a i piedi.» Ubi supra.

2 Noticias en particular acerca del vestido militar y del arreglo de las tribus que ocupaban la mesa de Anáhuac, pueden verse en Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS. Clavijero, Stor. del Mess., tom. II, pág. 101 y siguientes. Acosta, lib. 6, cap. 26. Relac. d'un gent. huom, en Ramusio, tomo III, fól. 305 et auct., al.

cuales proclamaban de antemano su victoria sobre el puñado de los conquistadores. En cuanto estuvieron estos á tiro de saeta, descargaron sobre ellos tan gran multitud de ellas, que se oscureció el sol por un momento, como si pasase una nube; arrojando no menos cantidad de piedras.¹ Los españoles avanzaron lenta y cautamente por entre aquella descarga, hasta situarse á tal distancia del enemigo, que pudiesen causarle daño las armas de fuego: hicieron alto entonces, y comenzaron á hacer un fuego certero todos simultáneamente. Cada bala se abría un camino de muerte, y eran tantos los indios que caían, que no les era posible á los que venían detras, recoger á los muertos y sacarlos del campo de batalla, conforme lo tenían de costumbre: las balas al abrir un claro por entre las gruesas filas, se llevaban por delante los fragmentos de las rotas armas; y los miembros mutilados, esparciendo en su tránsito el terror y la desolacion. La caterva de bárbaros quedó estupefacta por algun tiempo; mas por último, impelida por la desesperacion, arrojaron todos á un tiempo sus espantosos ahullidos de guerra y cargaron con violentísimo ímpetu sobre los cristianos. Parecian un huracan ó un enorme témpano

¹ «¡Qué granizo de piedra de los honderos! Pues flechas, todo el suelo hecho parvas de varas todas de á dos gajos, que pasan cualquiera arma, y las entrañas donde no hay defensa.» Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 65.

de hielo, que precipitándose de la encumbrada montaña, conmueve la tierra y arrasa todos los obstáculos que se oponen á su curso. El puñado de españoles, resistió con frente serena al empuje de aquella masa que trataba de agobiarlos; mas no habia fuerza bastante á resistirla; por lo que comenzaron á vacilar, retrocedieron empujados por sus adversarios, y quedaron dispersas y desordenadas sus filas. En vano les exhortaba su general á que se reuniesen; el estrépito de las armas y los horribles chillidos de los indios apagaban su voz: parecia que todo estaba ya perdido y que habia llegado la hora fatal para los cristianos.

Mas cada uno tenia en su pecho una voz mas fuerte que la de su general: la desesperacion armaba su brazo de sobrehumana energía: el desnudo cuerpo del indio no ofrecia resistencia al acero de Toledo; por manera que al fin consiguió la infantería detener con sus espadas á la multitud de enemigos: la artillería gruesa batió desde lejos el flanco del ejército indio, que envuelto en aquella tempestad de balas, se puso en desórden; y la caballería cargó esforzadamente capitaneada por Cortés y vino á completar la victoria, pues los enemigos huyeron con mayor desórden y precipitacion que al atacar.

Mas de una vez intentaron los tlaxcaltecas renovar su ataque; pero cada vez era con menor ímpetu y mayor pérdida: eran demasiado ignorantes en el